

das pertenecen sólo a esa partida ideal, vale decir a una serie que, ya desde la primera respuesta, puede ser *evitada* de diecinueve maneras distintas, lo que supone diecinueve series nuevas, cada una de las cuales se ramifica en otras. No sé si esto está claro, pero el lector debe creerme. Puede decirse que sólo la *primera* jugada completa (una del blanco, una del negro) permite cuatrocientas secuencias distintas. No digamos que cada partida dure cinco o seis mil jugadas, digamos que dure cuarenta. El número de partidas de cuarenta jugadas que puede realizarse, sin repetir ninguna partida, es 25×10 elevado a la potencia 115, *id est*, la cifra 25 seguida de ciento quince ceros. Parece mucho, pero es bastante menos del número total de movimientos matemáticamente posibles en el ajedrez. Ese número puede expresarse así: 10 a la décima potencia, elevado a la quincuagésima. O sea un número 1 seguido de cien octillones de ceros.

No dudo de que una computadora de grandor razonable (del tamaño del Congreso, digamos) pueda calcular todo esto. Dudo de que haya necesidad de construirla sólo para demostrar que puede ganarle, o quizás empatarle, a un hombre. Supongamos que la máquina gane siempre; supongamos que ni aun determinadas variantes obligadas un jugador pueda forzar tablas. ¿Qué pasaría? Pasaría que ninguna persona razonable, por ajedrecista que sea, intentaría jugar con ese artefacto. Un paisano porfiado puede correr, a pie o a caballo, contra un Ford a bigotes o una locomotora tipo *La Porteña*, sobre todo si el invento es una novedad; pero nadie intenta competir, a cada momento, contra un tren bala japonés disparado a doscientos kilómetros por hora. Imaginemos otra fábrica imbatible, otro ingenio ganador. Imaginemos un robot capaz de disparar certeros puñetazos orientados al hígado, al mentón, a la nariz de cualquier boxeador humano. ¿Por qué razón, me pregunto, alguien querría ser aniquilado por tan excelente púgil de latón? Se me dirá que no es necesario construir computadoras de ajedrez perfectas, que basta con que jueguen razonablemente bien. Pero, ¿qué sentido tiene una máquina que hace las cosas más o menos mal? Oigo argumentar que podrían organizarse, con máquinas perfectas, apasionantes torneos entre máquinas. Qué interesante. Esto podría dar lugar a dos tipos de partidas. Unas maratónicas, correctísimas y sosas, que alcanzaran aquel número teórico de casi seis mil jugadas. Las otras partidas serían cortísimas. En rigor, entre computadoras perfectas, constarían de una sola jugada. Supongamos que se haya demostrado que la mejor salida es adelantar el peón rey dos casillas y que, a partir de allí, se hayan calculado los necesarios cuatrillones u octillones que permiten ganar (o sólo empatar) en todos los casos. Muy bien, el sólido autómatas germánico juega peón a cuatro rey; su honorable rival del Japón medita, impasible, durante años. O centésimas de segundos, da lo mismo. Sus microtransistores y bielas seleccionan el programa correcto (que es idéntico al de su intachable contendor, ya que no hay grados de perfección), y de inmediato los rulemanes de su brazo se accionan para que dé la mano a su bien engrasado rival. Ha perdido. O han hecho tablas. En las distintas mesas de juego de los demás países adelantados del mundo, ha sucedido lo mismo. El torneo se juega a doble turno, para que cada autómatas alterne, equitativamente, las piezas blancas y negras. Cualquiera sea el resultado de las partidas individuales, todos hacen el mismo puntaje. La ventaja de esta reñida competición es que, en la sala contigua, unos cuantos seres humanos, podrían organizar un imperfecto torneo tradicional, con el fin de jugar al ajedrez.

Por fortuna, los auténticos hombres de ciencia son más serios cuando se trata de juzgar (o jugar) al ajedrez. He reproducido una partida entre dos de los científicos más privilegiadamente luminosos de nuestro tiempo, Einstein y Oppenheimer. Jugaron un Ruy López; duró veintisiete movidas. En la undécima, Oppenheimer cometió un error escandaloso; Einstein, con lógica del todo humana, dio un jaque, sacrificó un caballo y ganó una torre. Como la esperanza pertenece al alma, no a la matemática, Oppenheimer siguió jugando hasta la aniquilación. El hecho de que esta partida esté registrada, significa que la anotaron, o, lo que es lo mismo, que jugaron muy en serio. Sir Arthur Eddington, el físico-matemático y astrónomo autor de *Espacio, tiempo y gravitación y Teoría matemática de la Relatividad*, propagador de la abrumadora hipótesis sobre la dispersión de las galaxias y la expansión del universo, ha explicado el átomo de este modo: «Supongamos que existan ocho vías principales en el átomo, ocho órbitas posibles para un electrón, de modo que éste tenga en cada momento nueve posibilidades: saltar de una de las órbitas o quedarse donde está. Este ágil electrón nos recuerda al caballo de ajedrez. Muy bien, ¿por qué no describir el átomo como un tablero de ajedrez que contiene un caballo?» Otro célebre matemático inglés, G. H. Hardy, es todavía más abismal e inquietante, ha concebido la siguiente imagen del Universo: «Si imaginamos el Universo entero», dice, «como una tablero de ajedrez y a todos sus protones como piezas de este juego cósmico, y si convenimos en llamar *jugada* a cualquier intercambio en la posición de dos protones, entonces el número total de jugadas posibles es el número diez a la décima a la décima, a la trigésimo cuarta potencias, denominado», concluye misteriosamente, «número de Skewwes».

«Yo siempre he sentido un poco de lástima por aquellas personas que no han conocido el ajedrez», ha escrito Siegbert Tarrasch. Yo también. Muchas veces, además, he pensado que, sin el ajedrez, los americanos no seríamos americanos. Y no es una metáfora, quiero decir que no lo seríamos de ningún modo, que América no habría sido descubierta. Uno de esos documentos mágicos donde aparece lo que he llamado en otro lugar escrituras secretas confirma mi sospecha. Existe una carta de fines del siglo XV, de Bernáldez o tal vez de Mártir de Anglería, en la cual, sin tener conciencia de lo que está realmente escribiendo, el autor cree hablar de la pasión del rey Fernando, el Católico, por el juego de ajedrez.

«Señor doctor, Vuestra Merced recordará, sin duda alguna, los buenos consejos que nos dio Antonio Nebrija en sus últimas lecciones. No desdeñéis jamás, decía tan estimable profesor, la más mínima circunstancia, pues a veces puede ser causa de los más grandes acontecimientos³.

»(...) Ayer, a pesar del mucho calor, que convidaba más bien a dormir la siesta que a quebrarse la cabeza (el rey Fernando) determinó matar las primeras horas de la tarde jugando una partida contra Fonseca, que es una de sus habituales víctimas. El encuentro tuvo lugar en las habitaciones particulares de la Reina, y allí asistimos, entre muchos otros, el Conde de la Tendilla, Ponce de León, Gonzalo de Córdoba y este Servidor

³ Lo que ignora el autor de la epístola es hasta qué punto tenía razón Nebrija. El castellano del texto, naturalmente, ha sido modernizado; la carta (cfr. Julio Ganzo, *Historia general del ajedrez*, p. 61) fue copiada de un legajo del siglo XV por M.J. Lavalée.

de Vuestra Señoría, que fuimos nombrados jueces del campo. Algunas nobles damas, situadas junto a uno de los anchurosos ventanales de la sala, y agrupadas alrededor de un enorme telar, ocupábanse allí de dar los últimos puntos a un magnífico tapiz destinado a la Virgen del Pilar. La vieja Beatriz Galíndez, o sea la Latina, que así la apodan los cortesanos, conversaba en latín mientras don Fernando, atendiendo tan sólo a su partida, vapuleaba duramente al pobre Fonseca. En ese momento la mano de un paje levantó la cortina correspondiente a la puerta principal del salón e introdujo a Fray Fernández de Talavera, obispo de Ávila y confesor de la Reina.

»Después de saludar el virtuoso prelado a los regios esposos, apresuróse a interrogar a Doña Isabel, rogando que le participara las decisiones tomadas, respecto del genovés Cristóbal Colón.

»Ya os comuniqué, en otra de mis epístolas, los atrevidos proyectos que alienta, contra viento y marea, tan audaz navegante; proyectos más conocidos hoy día que las coplas de Mingo Revulgo. Muchos lo tienen por loco rematado, muy pocos le consideran hombre de genio. Dícese que ahora pretende, a mi entender con sobrada razón, el nombramiento de Almirante para encargarse del mando de la pequeña flota que ha de navegar con rumbo a ignotas tierras o llegar quizás a la costa oriental de Asia donde se encuentra la dorada isla de Cipango, descrita por Marco Polo. Pero como andan en dimes y diretes respecto a la concesión de la expresada dignidad (...) el vulgo murmura que Colón ha tomado la vuelta de Palos en espera del término de las negociaciones y decidido abandonar definitivamente España si no le otorgan lo que demanda.

»(...) llegó a mí la voz de la Latina que en tono de dómine adujo: Si fuese simplemente cuestión de dinero, creo que arrojaría perjuicio regatearlo, pues como ya ha dicho Dyonisio Cato en sus dísticos *No dubites cum magna poetas, impendere parva*, pero ahora se pide además de eso una dignidad que no es bueno prodigar; vuelvo, pues, a las andadas, creyendo archiextravagante sostener que existen tierras debajo de nuestros pies en donde los hombres caminan cabeza abajo como las moscas.

»(...) Fonseca, que tenía su juego en lamentable estado, aprovechó la ocasión para romper el silencio, con la esperanza de distraer al temible adversario. Para mí, dijo Fonseca, soy del parecer de Cosmes Indicopleustes: el mundo es cuadrado como este tablero y está rodeado de agua por todas partes, después de lo cual no existe más que el abismo. Por eso los árabes, en sus cartas de marear, pintan al extremo del Océano una mano negra y descarnada dispuesta a hundir al temerario que ose aproximarse al insondable precipicio.

»En verdad, en verdad, señor Fonseca, arguyó Fray F. de Talavera, me hacéis caer en la tentación de recordaros lo dicho por Don Alfonso el Sabio en parecidas circunstancias: Si el mundo está hecho así, Dios habría debido consultarme antes de crearlo; tal vez habría podido darle algunos buenos consejos.

»Mientras tanto, Doña Isabel, que se había acercado a la mesa donde se jugaba la partida, decía a su regio esposo: Señor, ¿no os parece que podríamos conceder a Colón el empleo de Almirante aunque únicamente en las tierras y continentes que pudiera adquirir en el Océano?

»Luego cuidaremos deso, respondió el Rey, a todas luces pensativo, y fijándose poco en las jugadas.

»Fonseca vio el cielo abierto, y aprovechando con destreza los descuidos cometidos por su adversario, pronto logró superioridad de juego...

»¡Malhaya al genovés!, murmuró Don Fernando frunciendo el entrecejo. Voy a perder una partida regalada. E intentó parar el golpe con alguna zancadilla hábilmente tendida. Fonseca no mordió el anzuelo y su contrario perdía a cada instante más y más terreno.

»Lo que es ahora, atrevióse a decir Fonseca, frotándose las manos, la lucha no puede prolongarse más. A vuestra Alteza no le queda otro remedio que doblar las torres para evitar el mate inmediato.

»Pero, Señor, objetó Doña Isabel, o yo estoy ciega o creo que el blanco gana la partida⁴. Y uniendo la acción a la palabra retuvo con la mano el brazo de su esposo, que iba a ejecutar la maniobra indicada por Fonseca. Don Fernando (...) cargando entonces sobre la diestra mano su noble y anchurosa frente meditó de nuevo un buen rato. Ilumináronse al fin sus facciones, plácida sonrisa asomó presto a sus labios, que pronunciaron luego con enérgico acento:

»¡Fonseca, eres difunto!

»El rey Fernando gana la partida, se levanta de su asiento, hace unas bromas a la Latina, y de pronto dice: «Y pienso ordenar a don Juan de Colona que extienda el nombramiento de Almirante a favor de Colón, tal como lo ha indicado vuestra amiga la Reina.» Doña Isabel llama a uno de sus pajes, le ordena que monte a caballo y que alcance a Colón, que sigue la ruta de Palos de Moguer.»

El resto de la historia lo hemos aprendido en la escuela primaria. Es casi imposible no preguntar, trivialmente, qué hubiese ocurrido de ganar Fonseca; de todos modos, ni Pascal, pensando en la nariz de Cleopatra, pudo reprimir una tentación semejante. Más mágico es quizás imaginar que alguna vez, en cualquier club de ajedrez del mundo, dos jugadores repetirán o habrán repetido, sin saberlo, esa posición final. En algún caso, habrán ganado o ganarán las piezas de Fonseca, y será como si esta página se borrara o no hubiera sido escrita.

Abelardo Castillo

⁴ Como en la tradición mítica poética, una mujer (real) decide una partida de ajedrez junto con el destino de un hombre, y, de paso, corrige la historia del mundo. Oscar Wilde, bostezando, diría que, como es sabido, la realidad imita al arte.